

¡NO TE CONFORMES!



Asís, Basílica superior de S. Francisco durante un encuentro de jóvenes

Señor, ayúdame a esparcir tu fragancia donde quiera que vaya. Inunda mi alma de espíritu y vida. Brilla a través de mí, y mora en mí de tal manera que todas las que entren en contacto conmigo puedan sentir tu presencia en mi alma. Haz que me miren y ya no me vean a mí sino solamente a ti, Señor. Quédate conmigo y entonces comenzaré a brillar como brillas Tú; a brillar para servir de luz a los demás a través de mí.

La luz, Señor, irradiará toda de Ti; no de mí; serás Tú quien ilumine a los demás a través de mí. Permíteme pues alabarte de la manera que más te gusta, brillando para quienes me rodean. Haz que predique sin predicar, no con palabras sino con mi ejemplo, por la fuerza contagiosa, por la influencia de lo que hago, por la evidente plenitud del amor que llena mi corazón.

Amén.

Durante los meses veraniegos, y aún durante las primeras semanas de otoño, han sido miles los jóvenes que han pasado por Asís para visitar los “lugares santos franciscanos”. Muchos de estos jóvenes, a nivel individual o junto a un grupo de referencia, llegaron desde España: Valencia, Madrid, Cataluña, País Vasco... De manera especial quisiera recordar al grupo de jóvenes y familias de las Hermanas Franciscanas de la Misericordia.

Seguramente fueron muchos y variados los motivos que a unos y a otros les condujeron hasta aquí... Lo cierto es que muy pocos volvieron a casa indiferentes después de “cruzarse” con el *Santo de Asís* y visitar con sobrecogimiento cada uno de los lugares por lo que pasó Francisco dejando su huella inconfundible. **S. Damián**, que evoca los inicios solitarios y difíciles del camino y aquel encuentro con Cristo crucificado y resucitado que le cambió la vida. **Rivotorto**, la pobrísima morada que recuerda la dureza pero a la vez la “alegría sin igual” del primer grupo de hermanos reunidos entorno a Francisco, y el servicio a los leprosos. **Santa María de la Porciúncula**, que nos habla del amor especial de Francisco hacia la Madre del Señor, en quien encontró siempre refugio y cobijo, aliento y fuerza, protección y gracia, y también del punto de partida y de retorno después de recorrer pueblos y caminos anunciando la penitencia y la paz de Cristo. Sin olvidar el silencio y las horas transcurridas “cara a cara con el Señor” y, sin duda, también en la lucha contra el “enemigo”, en el eremitorio de las **Cárceles**... Pero sobre todo la **Tumba**, ¡qué lugar de gracia!

Cada vez que nos ponemos ante la Tumba de Francisco y abrimos nuestro corazón de hermano a hermano... sentimos que hemos sido creados para algo grande y que no podemos conformarnos con pequeñas y fugaces alegrías momentáneas, las cuales, una vez terminadas, dejan amargura en el corazón. Escuchando a Francisco, que no habla nunca de sí mismo, descubrimos que Dios nos ha creado con vistas al “para siempre”; ha puesto en el corazón de cada uno de nosotros la semilla de una vida que realice algo bello y grande. Y que para ello es necesario tener la valentía de hacer elecciones definitivas y de vivirlas con fidelidad. El amor que Francisco encontró no es un amor confinado en el pasado, no es un espejismo, no está reservado a pocos: **fue el amor de Cristo, ¡que no pasa nunca y que cambia la vida!** Para realizarlo, el Señor podrá llamarnos al matrimonio, al sacerdocio, a la vida consagrada, a una entrega particular de nosotros mismos: respondámosle con generosidad y sin miedo.